



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

¿QUÉ ES LA MISERICORDIA?

Enlace a YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=6PLgzHpugnw>

Me ha parecido un tema importante, en la víspera del inicio del Jubileo, hablar del concepto de la misericordia. Por una parte, tenemos cerca el Jubileo, y solamente eso ya es razón suficiente para tratarlo. Además, creo que también hay una necesidad de sanar imágenes deformadas de la misericordia; por ejemplo, las contraposiciones entre **Misericordia y Justicia**, detrás de las cuales está también la contraposición entre **Verdad y Caridad**.

Por lo tanto, voy a abordar el tema de qué es la misericordia. Sé que es un tema muy amplio y no es posible agotarlo, pero principalmente voy a subrayar la misericordia intentando ver cómo se integra con la justicia y cómo, al mismo tiempo, detrás de esa integración entre misericordia y justicia se encuentra también el binomio, verdad y caridad.

La etimología de la palabra “misericordia” en latín, es sencilla. *Misere* es miseria, necesidad; *cor*, *cordis*, corazón; y dirigida hacia los demás. Por lo tanto, la etimología de la palabra misericordia no es otra que tener un corazón solidario con el que sufre, con el mísero. Corazón solidario con el que sufre.

Me atrevería a hacer la siguiente definición de partida de qué es, desde el punto de vista teológico, la misericordia: es la caridad volcada sobre el mísero, sobre el pecador. Porque el mísero —aquí no sé si sabéis que estamos unos cuantos míseros; todos somos pecadores— y, por lo tanto, somos objeto de la misericordia; necesitamos la misericordia.

¿Qué es la misericordia?

La caridad que Dios tiene hacia nosotros es de misericordia.

La caridad volcada sobre el mísero. Es caridad, pero bajo una perspectiva especial: la que se vuelca sobre el mísero.

Este tipo de caridad, que es la misericordia, está presente en todas las relaciones, pero especialmente en la relación de Dios hacia nosotros. La caridad que Dios tiene hacia nosotros es de misericordia.

Hay otro tipo de relaciones de caridad que no se caracterizan tanto por la misericordia. Por ejemplo, el amor que tiene un hijo hacia su padre. No digo que no tenga que tener misericordia con su padre, pero no será la misericordia hacia su padre lo más característico.

Sería un poco “peligroso” que lo más característico del amor conyugal fuese la misericordia. Hombre, claro que tiene que haber misericordia entre los esposos, pero su caridad tiene también otras características.

Sin embargo, la relación de Dios con nosotros es de misericordia. Y la relación nuestra con el prójimo, en la medida en que somos conscientes de que son pecadores como nosotros, tiene que tomar como punto de referencia que nosotros somos amados con un amor de misericordia.

Concepto bíblico en el Antiguo Testamento

El concepto de misericordia posee mucha riqueza de significados.

En la nota a pie de página número 52 de la encíclica *Dives in Misericordia*, san Juan Pablo II dedicó una explicación al término misericordia en hebreo del Antiguo Testamento. En esa nota está perfectamente recogido.

¿Qué es lo que dice?

Pues que el Antiguo Testamento utiliza dos expresiones hebreas con matices semánticos un poco distintos para expresar el término misericordia: **hesed** y **rahamim**.

Hesed indica una actitud profunda de bondad; significa también gracia o amor. Esto es precisamente en base a la fidelidad de Yahvé a la Alianza. Dios es fiel. Dios es misericordioso.

Desde esta perspectiva, el término *hesed* subraya los caracteres de fidelidad y responsabilidad en el amor.

«Es eterna su misericordia». Dios no va a fallar.

Dice san Juan Pablo II que es como retratar el carácter masculino de la misericordia. Como la identidad masculina de la misericordia está retratada en ese término.

Y está el otro término, *rahamim*, que en su raíz denota el amor de madre. *Rehem* es regazo materno y subraya que el amor es totalmente gratuito, no fruto del mérito.

Es una variante cuasi femenina —dice san Juan Pablo II— de la fidelidad masculina expresada con *hesed*.

Con este trasfondo, *rahamim* subraya aspectos importantes del concepto de misericordia: ternura; paciencia; comprensión; y, al mismo tiempo —fijaos en esto, que casi es un poco la tesis que quiero desarrollar en esta charla—, *capacidad de regeneración*.

La misericordia como capacidad de regeneración

Es decir, *rahamim* hace referencia a la misericordia como capacidad de ser regenerados, como si tú entrases en el útero materno y fueses regenerado.

Tal vez, entre una multitud de matices, la aplicación más práctica para esta charla que se puede desprender de estos estudios etimológicos y semánticos bíblicos es la siguiente:

Existe una equivalencia semántica en el lenguaje bíblico entre los conceptos de corazón y entrañas. Yo recuerdo haberlo escuchado en el primer Congreso Mundial de la Divina Misericordia al que asistí en Roma. Un exegeta —creo recordar que era brasileño— nos habló de esto y a mí me abrió un horizonte muy hermoso. Semánticamente hay una equivalencia entre el concepto corazón y el concepto entrañas o útero. Claro que es un concepto más oriental, más bíblico.

El corazón (*leb* en hebreo, *kardía* en griego) es semánticamente sinónimo de útero. No digo etimológicamente; digo semánticamente: *rahamim*.

De manera que, cuando confesamos el amor de Dios en la imagen del Corazón de Jesús, en el fondo estamos manifestando nuestra fe en que Dios mismo nos gesta. Si, Dios mismo te engendra a una vida

nueva. El Corazón de Cristo es la imagen del amor materno de Dios que, con su potencia regenerativa, nos sana, nos rescata y nos rehace.

Nosotros tenemos que reconocer que la imagen del corazón, en nuestro contexto occidental, se ha quedado reducida de alguna manera a una imagen romántica. El corazón... pues eso: el arbolito con un corazón tatuado, la flechita de los enamorados. Y no nos damos cuenta de que hemos reducido la imagen del corazón a un aspecto sentimental y afectivo, empobreciéndola de toda esa dimensión bíblica que une corazón y entrañas.

Tú no solo eres querido, sino que eres “rehecho”. Eres reengendrado a una vida nueva.

Por lo tanto, la misericordia incluye también la regeneración.

Una madre participa de las entrañas misericordiosas de Dios cuando nos engendra a la vida.

La misericordia de Dios nos da la oportunidad de nacer de nuevo

Como decimos, existe un concepto distorsionado de misericordia en nuestros días: la misericordia entendida meramente como una actitud afectiva, compasiva y comprensiva, olvidando que también es una gracia regeneradora.

Por eso me parece tan importante entender bien el significado bíblico del término corazón como sinónimo de entraña, como sinónimo de útero del que nacemos de nuevo, sin quedarnos meramente en una imagen del corazón en sentido romántico.

Lo anterior tiene una estrecha relación con la correcta comprensión de la redención del hombre.

¿Cómo comprendemos la redención del pecador por parte de la gracia de Dios? ¿De qué manera tiene lugar la justificación del hombre, la redención del hombre?

Aquí hubo una confrontación muy potente entre Trento y Lutero sobre dos formas de entender el concepto de justificación.

La imagen que Lutero utilizó para explicar la redención, desde luego, no podía ser más gráfica.

Lutero dice:

"Imagínate un campo en el que hay un montón de estiércol y, entonces, un día cae una gran nevada que lo tapa todo y se queda todo perfecto, cubierto de nieve. Nadie diría que debajo de la nieve hay estiércol". "Así es la redención de Dios. Dios nos tapa con su misericordia. De manera que, a los ojos de Dios, solamente hay nieve. Lo de abajo no existe. Y así, ante Dios, si nos acogemos a su misericordia, iremos al cielo siendo profundamente pecadores, pero envueltos por la misericordia de Dios."

Trento respondió y dijo:

"No, no. El hombre no puede ser justificado si al mismo tiempo no es santificado. No existe justificación sin santificación". No existe. Luego no es que Dios únicamente te cubra con un manto de misericordia; es que Dios tiene una capacidad regenerativa que te hace un hombre nuevo, te santifica.

No me neguéis que la imagen de Lutero es muy tentadora. Porque uno tiene experiencia en su vida de que le gustaría avanzar, le gustaría superar determinadas cosas y se ve muchas veces impotente. Y esa imagen de Lutero, francamente, hay que reconocer que es tentadora desde nuestra falta de esperanza.

En el fondo, supone no tener fe en la capacidad de Dios para regenerarnos y hacernos nuevos. No tener fe.

Es como quien dice: "Bueno, voy limpiando un poco. Voy limpiando la habitación, voy barriendo, miro a derecha e izquierda, levanto la alfombra, meto la porquería debajo y venga, sigo limpiando y sigo limpiando". Es una imagen en la que la limpieza consiste en cambiar la porquería de sitio para que no se vea. Pero eso es no tener fe en la capacidad regeneradora de Dios.

Teniendo esto de fondo, de ahí se desprenden ciertas consecuencias. Por ejemplo, la incomprensión actual del misterio del purgatorio viene de aquí.

Claro, si uno tiene esta concepción de que no hace falta santificarse para ser justificado y para ir al cielo; si ir al cielo consiste simplemente en ser tapado, **¿qué sentido tiene el purgatorio?**

Pues ninguno. porque, oye, tú eres tapado y vas para el cielo.

Pero nuestra fe en el purgatorio nace de que Dios tiene la misericordia de terminar la obra de santificación y de purificación más allá de la muerte, cuando aquí no la hemos realizado perfectamente.

Si este concepto de justificación y de redención no se entiende, entonces lo que vamos a hacer ahora del Jubileo y las indulgencias, se convierte en "una piltrafa"; no sirve para nada.

Hay muchas cosas que no se entienden —como el purgatorio o como el Jubileo— si no comprendemos correctamente el concepto de Redención y de Misericordia.

Se entienden simplemente como tradiciones: "pasar la puerta", pero sin entender el signo de la purificación interior.

Esta es la clave: entender que no existe una misericordia al margen de la voluntad y del poder santificador de Dios. En el caso contrario sería devaluar la misericordia, reducirla a un consuelo.

Es como decir: "La misericordia es un consuelo". Pero la misericordia es más que un consuelo. Es la gracia que me hace nuevo.

Misericordia y justicia - Verdad y caridad

Ojo también con enfrentar la Misericordia y la Justicia o con contraponer la Caridad y la Verdad.

Sin justicia no hay misericordia. Es imposible.

Hay que empezar por aclarar ciertos malentendidos sobre el concepto de justicia que no tienen nada que ver con el sentido cristiano y que han hecho antipática esta palabra.

Es verdad que la palabra justicia, vamos a ser claros, resulta mucho más antipática que la palabra misericordia. ¿Por qué? Porque la palabra justicia tiene unas reminiscencias en nosotros que complican mucho las cosas.

Por ejemplo, cuando un Tribunal Supremo revoca en segunda instancia, por cuatro votos frente a tres, lo que un tribunal inferior había decidido, la gente dice: "Esto de la justicia está colgando de dos hilos". Porque tú fíjate: el Supremo ha dicho lo contrario que el tribunal anterior por cuatro votos frente a tres.

Claro, hay reminiscencias en nosotros que hacen que uno desconfíe de la palabra justicia.

O cuando George Bush, después de lo de las Torres Gemelas, llamó a la operación militar frente a Irak: "Justicia infinita". En realidad, quería decir "venganza infinita", pero le puso el nombre de "justicia infinita".

Y podríamos contar muchas anécdotas por las que la palabra justicia queda frecuentemente bajo sospecha. Se utiliza la palabra justicia cuando, en realidad, se quiere decir venganza.

Es cierto que la palabra justicia, para entenderla en toda su autenticidad y verdad, necesita ser purificada de muchas reminiscencias. Porque las personas entienden los términos desde el eco que tienen dentro de sí mismas.

Pero es que, obviamente, repito, sin justicia, sin la virtud de la justicia, no puede haber misericordia. Sería tanto como decir que puede haber amor sin verdad. No, no puede haberlo.

El término misericordia en los Evangelios aparece muy pocas veces. Oye, esto me sorprendió preparando esta charla. El término misericordia en los Evangelios solo aparece diez veces, cinco de ellas en el Magnificat y en el Benedictus. Dos veces citando el Antiguo Testamento: «*Misericordia quiero y no sacrificios*» Y otra en las Bienaventuranzas: «*Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia*». Aparece muy pocas veces.

Pero, curiosamente, con lo poco que aparece, solemos olvidarnos de un texto que es contundente. Dice Jesucristo

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del aneto y del comino, y descuidáis lo más importante: la justicia, la misericordia y la fe» Mateo 23, 23

Es decir, Jesús pone al mismo nivel la justicia, la misericordia y la fe.

Nosotros hemos construido unas contraposiciones que, desde luego, no tienen base evangélica. Por lo tanto, insistamos en esta purificación.

Benedicto XVI ha sido un apóstol de la denuncia profética de esta deformación. En *Spe salvi*, número 44, fijaos lo que dice. Habla de justicia y gracia:

«Dios es justicia y crea justicia. Este es nuestro consuelo y nuestra esperanza. Pero, en su justicia, está también la gracia. Esto lo descubrimos dirigiendo la mirada hacia Cristo crucificado. Ambas, justicia y gracia, han de ser vistas en su justa relación interior.»

Ahora fijaos lo que añade:

«La gracia no excluye la justicia. No convierte la injusticia en derecho. No es un cepillo que lo borra todo, de modo que cuanto se ha hecho en la tierra acabe por ser igual en el cielo.»

Contra ese tipo de cielo y de gracia han protestado con razón, por ejemplo, Dostoievski en su novela *Los hermanos Karamázov*.

Al final, los malvados no pueden sentarse indistintamente en el banquete eterno junto a las víctimas como si no hubiese pasado nada.

Dostoievski dice: "Eso no puede ser".

Vamos a ser claros. Hitler y santa Teresa de Calcuta no pueden tener el mismo destino eterno. No es posible.

Es un texto potente, este de *Spe salvi* 44.

La tentación de nuestros días es la disociación entre caridad y verdad. Esa es la tentación.

Es un binomio, una pareja —verdad y caridad— que bíblicamente está perfectamente unida.

Pero vamos a ser claros.

En nuestra cultura actual, de esa pareja, verdad y caridad, ¿cuál es la antipática? Sin duda alguna, la verdad. Eso no hay ni que preguntarlo. En el binomio verdad-caridad, la antipática es la verdad. Queremos caridad sin verdad.

En realidad, no queremos caridad; queremos otra cosa. Porque una caridad sin verdad no es verdad; es otra cosa. Esta es la realidad actual.

Una encíclica muy potente en la que he descubierto muchas referencias para iluminar esto, es *Caritas in veritate*, la encíclica social de Benedicto XVI. Ya el nombre de la encíclica que Benedicto XVI eligió para la encíclica era blanco y en botella: La caridad en la verdad.

Os voy a leer algunas frases que he sacado de ella:

«Defender la verdad, proponerla con humildad y convicción y testimoniarla en la vida son formas exigentes e insustituibles de la caridad.»

«Solo en la verdad resplandece la caridad y puede ser vivida auténticamente.»

Hay una cita emblemática, quizá la más potente que he encontrado en esta encíclica. Os la leo.

Dice Benedicto XVI:

«Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Este es el riesgo fatal del amor en una cultura sin verdad. Es presa fácil de las emociones y de las opiniones contingentes de los sujetos. Una palabra de la que se abusa y se distorsiona, terminando por significar lo contrario.»

«La verdad libera a la caridad de la estrechez de una emotividad que la priva de contenidos relacionales y sociales, así como de un fideísmo que mutila su horizonte humano y universal.»

Es una cita muy potente.

Un cristianismo de caridad sin verdad se puede confundir fácilmente con una reserva de buenos sentimientos, provechosos para la convivencia social, pero marginales.

De este modo, es un poco como decir: "El que no se consuela es porque no quiere". Pero renuncia a transformar el mundo desde la verdad.

Y continúa:

«De este modo, en el mundo no habría un verdadero y propio lugar para Dios.»

«Sin la verdad, la caridad es relegada a un ámbito de relaciones reducido y privado. Queda excluida de los proyectos y procesos para construir un desarrollo humano de alcance universal.»

Y termina diciendo:

«La fidelidad al hombre exige la fidelidad a la verdad, que es la única garantía de la libertad.»

Entonces, aclarado que justicia y misericordia son inseparables, la misericordia añade un plus a la justicia.

En ese binomio justicia-misericordia, ¿qué le añade? ¿De qué manera la misericordia ilumina esa justicia de la que es inseparable? (Y es muy importante entender que, aunque son inseparables, tampoco pueden confundirse).

Pues igual que decimos que no existe una caridad sin justicia, tampoco existiría una justicia sin caridad, sin misericordia. De lo contrario caeríamos en el riesgo del jansenismo.

La misericordia nos ayuda a no perder la confianza y la alegría ante la justicia, ante las exigencias de la justicia, que muchas veces uno percibe difíciles o costosas en su vida. Sin la misericordia perderíamos la confianza de alcanzarla.

Perderíamos la alegría de saber que Dios nos da ese don. Que me lo va a dar. Es decir, que voy a ser santo, porque forma parte del proyecto de Dios que lo seamos.

Dice santo Tomás de Aquino: «La justicia sin misericordia es crueldad; la misericordia sin justicia es madre de disolución» (Santo Tomás de Aquino, *Comentario al Evangelio de San Mateo*, cap. 5, lec. 2).

Es crueldad porque es como si alguien me diese la ley sin la gracia. La ley sin la gracia resulta cruel porque uno dice: "Casi prefiero no conocer la ley si no tengo la gracia". Resulta casi mi enemiga.

Si no somos capaces de unir la compasión, la misericordia y la justicia, terminamos siendo seres inútilmente severos. Inútilmente, porque no somos capaces de infundir la esperanza de que esa justicia es para ti.

No es una justicia teórica. Dios te la quiere dar a ti.

Hay una máxima jurídica. Es verdad que no está formulada en un contexto teológico, sino jurídico:

«Summum ius, summa iniuria» «Máxima justicia, máxima injusticia»

¿Qué significa esta expresión?

Una manera incorrecta de entenderla sería: "Bueno, no hay que ser plenamente justos; alguna pequeña injusticia habrá que permitir". No. Esa no es la interpretación correcta. Acordaos de que el Señor dijo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse la última tilde de la ley.

Por tanto, sería incorrecto entender que una pequeña injusticia no pasa nada en medio de toda la justicia. La interpretación correcta, desde una perspectiva cristiana, sería la siguiente:

“La caridad y la justicia están íntimamente unidas, es cierto, pero la caridad precede a la justicia y le da luz”. La precede.

¿A qué me refiero?

A que Dios no nos ama porque seamos justos. Nos ama siendo pecadores. No siendo justos. Nos ama gratuitamente, haciendo posible con su amor que lleguemos a ser justos.

Muchas veces la esperanza de santidad, la esperanza de que uno pueda superar su estado de pecado, no llega hasta que experimenta que es amado incondicionalmente siendo pecador.

Y cuando experimenta que es amado siendo pecador, entonces tiene esperanza de que ese amor, esa misericordia, es indisoluble de la santidad a la que Dios le llama. Somos amados gratuitamente, haciendo posible que lleguemos a ser justos.

Aunque en el orden lógico la justicia sea un paso previo a la caridad, en realidad la caridad precede a la justicia y la hace posible.

Hay un episodio que a mí me enamora: el de Zaqueo, en Lucas 19. Cuando Zaqueo se encuentra con Jesús, uno ve cuál es el proceso de su conversión. Zaqueo se pone en pie y dice:

«La mitad de mis bienes se la doy a los pobres.»

Y luego añade:

«Y si en algo he defraudado a alguien, le devolveré cuatro veces más.»

Curiosamente, eso segundo, que es de justicia —la restitución—, lo dice después. Primero habla de la caridad y después de la justicia. Curiosamente, parecería lógico decir primero: "Restituye". Y luego ya harás caridad. Pero en él, para poder llegar a ser justo y restituir lo que ha robado, primero brota la caridad y luego llega la restitución.

Es cierto que existe un orden lógico. Pero por encima del orden lógico humano está lo que "primerea" — como decía el papa Francisco—: la misericordia que nos busca y nos da la esperanza de poder santificarnos y llegar a ser justos.

En resumen: ¿Qué es la misericordia? Pues la misericordia no es otra cosa que Dios volcándose sobre nosotros. Dios es amor. Dios volcándose sobre los míseros, sobre cada uno de nosotros.

Qué importante es que para ello aumente nuestra conciencia de pecado. Un gran problema para acoger la misericordia es que quien no tiene conciencia de pecado, quien se siente buena persona: "Yo ni mato ni robo; yo soy una buena persona",

Si parte de esa inconsciencia de su miseria, termina autoexcluyéndose de ese gran banquete de la misericordia. Es curioso esto. Por eso esa imagen desfigurada de la misericordia: "Si Dios es misericordioso, si le da igual, si a Dios no le importa lo que ocurre..."Paradójicamente, esa pérdida de conciencia del pecado hace que uno se autoexcluya del banquete de la misericordia.

Se autoexcluye de ese amor que se vuelca totalmente sobre quien tiene conciencia de su miseria.

Vamos a celebrar el Jubileo con mucho cariño y con mucha esperanza. Que nos haga este gran don. Que sepamos que Dios no solo nos quiere, sino que nos regenera. Nos hace hombres nuevos. Que la misericordia de Dios es fuerte, fiel, entrañable y materna. Que me regenera.

Hay mucha gente que no tiene esperanza de poder cambiar. Hay mucha gente que dice: "Qué bien que me digan palabras que me consuelan, pero cambiar... ya no voy a cambiar".

No. Todavía le falta comprender que, precisamente porque Dios le quiere, le va a cambiar. Lo va a hacer auténticamente.

Transmitamos ese don y esa gracia. Creo que es un gran mensaje y una gran oportunidad para el pueblo que se nos ha encomendado.